

# Nuestras ediciones en el extranjero

*El Rosal del Ermitaño.* García Monge, editor, San José de Costa Rica, 1920.

**D**ON Rafael Heliodoro Valle no es un desconocido en nuestro país: en él ha vivido largamente, y producto de su estancia entre nosotros son muchos de sus más bellos y elegantes escritos. Ahora se halla en Washington, como Secretario de la misión diplomática que Honduras, su tierra, tiene acreditada en esa Corte, y desde allá acaba de mandarme un lindo cuadernito que imprimió recientemente en San José de Costa Rica.

Varias características tiene la prosa de Valle: es noblemente arcaica, de cepa española pura, con tendencias a la contemplación de tiempos idos y de cosas muertas y al mismo tiempo es ligera, nerviosa, fluída y brillante como coleóptero tropical.

Valle comprende como pocos que sin salir de América se hallan cosas románticas, misteriosas, elegantes, *muy siglo XVIII*, que a un ingenio fácil, a una imaginación de artista o a un entendimiento cultivado le pueden suministrar motivos constantes de producir belleza. «La Capa de Grana» podría servir para argumento de un drama de Peón Contreras; «Nostalgia de Abolengo» parece una leyenda de Hurtado o del Duque de Rivas; «Los Gerifaltes del Blasón», cuya parentela no es remoto descubrir, tiene el dejo de una tradición auténtica y está referido con un garbo y una gracia que hacen perdonar *propter elegantium sermonis* cualquier peca-dillo.

Pero más que esa poesía épica, solemne y grave que corre por su prosa recordando venias de soldadones que acaban de regresar de Flandes, turibulos que aroman el aire con copal del más fino o valonas almidonadas que ocultan al mismo tiempo, los costurones de un cuello atravesado por estocadas y las desgarraduras de la ropilla, hay otra poesía que en Valle seduce más y que quizás siente mejor: la poe-

sía familiar, la poesía de las almas humildes; de los ambientes pobres, de las gentes que pasan por la vida no resignadas porque nunca han conocido la rebeldía, sino tranquilas e imperturbables, serenas y confiadas porque ya traían en su alma un género de electuario que los curaba de todos los males por anticipado. «Las Lágrimas Milagrosas», «La Anciana de las Hostias», «Los Buenos Días», son la casta y dulce confidencia de gentes santas que han llegado a la perfección sin tener que domar carne rebelde, ni luchas con pasiones desatadas ni mortificar el asnillo de la lujuria. Bienaventurados los mansos porque ellos poseerán la tierra... celestial.

La elección de los asuntos da a conocer a un poeta; pero tanto como ellos o mejor que ellos lo demuestra la elección de las palabras, pues la poesía es forma pura. Valle cree en la virtud de las voces y las halla no sólo eufónicas y agradables al oído sino también dotadas de especial fuerza y gracia. Tal vez sea de los que piensen que sanan enfermedades, cambian los ánimos y operan milagros los vocablos que los demás miramos sólo como conjunto de letras. Por eso en su prosa gallarda y esbelta como mujer núbil y en el verdor de los años, cada frase, cada voz, tienen su colocación y su medida.

¿Encontráis dislocado ese calificativo, cansada esa enumeración, impropio ese dictado, desviada esa concordancia? Haced la prueba que he hecho yo: leed el párrafo en voz alta, concertadlo con el anterior, unidlo con el que le sigue y tendréis el efecto: es un collar de gemas que están engarzadas y unidas tan estrechamente que lo que os parecía inexperiencia de principiante os admirará como habilidad de artista consumado.

No parece osadía asegurar que no pasará mucho tiempo sin que Valle sea uno de los primeros prosistas americanos. Americanos digo de propósito y no castellanos, porque esa pompa de

estilo, esa lujuria de formas, ese lenguaje al mismo tiempo arcaico y neológico, americanos son sin género de duda.

Si los americanos no leyéramos muchos libros franceses, leyéramos más a los admirables cronistas españoles de los siglos XVI y XVII y nos fijáramos más en el habla de rancheros, *valluncos*, *conchos* y demás campiranos, seríamos escritores de veras en vez de ser sólo librescos con tal o cual orientación arcaica o modernista.

Glosando los dos capítulos en que el extraordinario Bernal Díaz narró la expedición de las *Higueras*, Valle compuso hace tiempo y retocó después una narración tan llena de brío, de maestría, de colorido, que hace pensar en la expresión de Gautier sobre el estilo de Saint Victor: «Hay que leerlo con anteojos ahumados para que no ciegue la brillantez de las imágenes». El fondo es exacto, es histórico, es irreprochable; y al mismo tiempo los detalles son ciertos porque la imaginación del autor supo colocarle en la situación de los expedicionarios. Esos pantanos invadibles, esas vegetaciones mórbidas, esos «flamencos grandes teólogos», ese «mayordomo Carranza», ese «botiller», ese «despensero», esas «vajillas de oro y plata», ese *surujano*, esos pajes, esos mozos de espuelas y el «sacabuche y el tocador de dulzaina y el volteador de manos y el que hacía tñteres y los cazadores halconados» y las acémilas y los puercos y los indios auxiliares, son tomados de la realidad y queda sólo de la invención del autor su estilo *imaginado* (lo diré en francés porque no encuentro la palabra castellana), al mismo tiempo límpido como un lago de nuestros valles y atormentado y misterioso como una selva de los trópicos. Y todo es nada más que la impresión que produce la narración verdadera y clara en un entendimiento que tiene el poder que decía Ezequiel, el poder de gritar «alzaos» a los huesos áridos y «revivid» a los panoramas idos para hacerlos brotar al conjuro del arte.

En Centro América abundan jóvenes que si no cayeran en las garras de la politiquilla prieta de aquellas regiones y tuvieran el tesón y la firmeza de Valle, quizás llegarían a repetir el milagro de Rubén Darío. Hay allá mucho entusiasmo, mucha juventud, mucho brío, mucha energía perdidos o agostándose. Apenas esa legión de poetas guatemaltecos que tiene a Arévalo Martínez como representante inicial, uno que otro nicaragüense como mi querido amigo Santiago Argüello, algún costarricense como ese prosista sabio que se llama Mario Sancho o ese brioso y batallador salvadoreño Masferrer se destacan de la masa. Si todos pudieran salir de sus países, estudiar

## EDICIONES JUVENTUD

Agustinas 623, Santiago de Chile

Publicados:

José Ingenieros: LA DEMOCRACIA FUNCIONAL EN RUSIA \$1.25

Miriam Elim: LOS OJOS EXTASIADOS ..... 2.00

Carlos Pereyra: LA TERCERA INTERNACIONAL COMUNISTA DE MOSCÚ..... 1.25

En Prensa:

José Ingenieros: LA REFORMA EDUCACIONAL EN RUSIA 1.25

En preparación:

A. Torres Rioseco: ANTOLOGIA DE POETAS YANQUIS.

Federico Gana: MANCHAS DE COLOR.

Agencia de estas ediciones: en la Administración del REPERTORIO.

